

TECNOLOGÍAS DE GÉNERO ANTE EL CÁNCER

LOS CASOS DE *BARBIE* PELADA Y LA NEGACIÓN DE LORDE A LA PRÓTESIS MAMARIA

María Florencia Angilletta
Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad de Buenos Aires (Argentina)

Resumen

Este artículo aborda las “tecnologías de género” ante el cáncer, mediante el planteo de dos ejes –los “pelos” y las “tetras”–. En cada uno se inscribe un caso testigo: la fabricación de muñecas peladas y la negación de Audre Lorde a las prótesis mamarias después de una mastectomía. Así, a partir de unas coordenadas teóricas que permiten pensar la problemática propuesta, se postula la siguiente hipótesis: la gestión del “pelo” y el régimen de visibilidad de las “tetras” funcionan como “tecnologías de género” frente a las cuales las cisenfermas de cáncer se conforman como subjetividades propicias para el despliegue de las “técnicas de normalización”. Ante esta dinámica, confluyen la reificación de la norma o la posibilidad de reagenciamiento resistente.

Palabras clave: cáncer, género, Audre Lorde, normalización, resistencia.

1. Introducción

¿Por qué se alienta el crecimiento de algunos “pelos” y se combate constantemente el de otros? ¿Cuál es el motivo por el cual una cismujer pelada solo es visible como enferma mientras que un cisvarón pelado sí puede ser legible como sano? (1) ¿Por qué no todas las “tetras” son mamas? ¿En qué sentidos el cuerpo de una cismujer no puede ser legible sin “tetras”? Estas preguntas, que atraviesan a la cismujer en su conjunto, se densifican aún más ante la enfermedad, un dispositivo que exagera no solo un protocolo científico y médico, sino también complejas “técnicas de normalización” (Foucault, 1974/1975).

Para acercarse a una respuesta a estas preguntas se analiza, en especial, la relación entre el cáncer, la cismujer y las “tecnologías de género” (De Lauretis, 1989), a partir de dos ejes: los “pelos” y las “tetras”. En cada eje, primero se intenta hacer un breve recorrido genealógico-crítico y luego se recuperan dos casos testigo: la fabricación de muñecas peladas para las cismiñas enfermas y la negación de Audre Lorde –en sus *Diarios del cáncer*– a las prótesis mamarias después de una mastectomía. Ambos casos se relacionan con una enfermedad en particular: el cáncer. Casi todos los países de Occidente tienen una organización civil destinada a acompañar a las cismujeres en la lucha contra esta enfermedad, cuyos fluidos económicos

y sociales son aún mayores si se dedican al cáncer de mama: un cáncer vestido de rosa, como puede observarse en las campañas gráficas, maratones de beneficencia y simbología *ad hoc*.

2. Coordinadas para pensar la problemática

Sustraer, censurar, prohibir; decir “no”. Así puede ser sintetizado el paradigma soberano, como “el derecho de *hacer* morir o de *dejar* vivir” (Foucault, 1976: 128). La fuerza de la espada. Michel Foucault plantea que en las sociedades modernas las estrategias “negativas” del paradigma soberano se integran en una red más compleja, en tanto fábrica “cuerpos dóciles”. De este modo, el biopoder regula y vigila la vida tanto sobre el cuerpo-máquina –anatomopolítica– como sobre el cuerpo-especie –biopolítica–: “El viejo derecho de *hacer* morir o *dejar* vivir fue reemplazado por el poder de hacer *vivir* o de *arrojar* a la muerte” (Foucault, 1976: 130). La espada ya no es omniexplicativa: “Ya no se trata de hacer jugar la muerte en el campo de la soberanía, sino de distribuir lo viviente en un dominio de valor y de utilidad” (Foucault, 1976: 136). Desde este enfoque, entonces, “norma” se concibe como ese *continuum* de mecanismos reguladores y correctivos. La “exterioridad” de la norma es solo aparente; funciona, más bien, como un “interior” que señala el ámbito en que el dispositivo biopolítico debe intervenir y controlar. La producción de la anomalía, finalmente, es solo una instancia más de la ampliación del poder.

Una vez que pensó “el poder sin rey” (Foucault, 1976: 88), Foucault piensa “el sexo sin la ley”. Así, demuestra que las sociedades modernas no están meramente atravesadas por la “hipótesis represiva”, es decir, la potencia del “no”, de la censura, de la prohibición, sino por una suerte de hipótesis biopolítica articulada en el “dispositivo de sexualidad” en el que opera la explosión discursiva en torno al sexo.

Asimismo, Foucault plantea en las sociedades modernas la emergencia de las “técnicas de normalización” (Foucault, 1974/1975), no como el efecto de la conexión entre el saber médico y el poder judicial, sino como poder de normalización –ni médico ni judicial, sino otro– que tiene, en sí mismo, su autonomía y sus reglas. En esta línea, propone que el control de los individuos tiene dos grandes modelos: “uno es el de la exclusión del leproso; el otro es el de la inclusión del apestado” (Foucault, 1974/1975: 52). De este modo, se conforman principios de inteligibilidad y regímenes de visibilidad. Para situar esta suerte de arqueología de la anomalía, Foucault propone que el anormal del siglo XIX es el descendiente del “monstruo”, el “incurable” y el “masturbador”.

Por su parte, Judith Butler (1990) discute la noción “biología es destino”, anuncia el fin de la “metafísica de la sustancia” y propone que el sexo es una construcción tan cultural como el género y que el género es una *performance* atravesada por una matriz heteronormativa. En este sentido, la utilización del término “mujer” – aunque no se lo entrecorriente – presupone que “los fantasmas ontológicamente consolidados de ‘hombre’ y

‘mujer’ son efectos teatralmente producidos que fingen ser los fundamentos, los orígenes, la medida normativa de lo real” (Butler, 2000: 99).

Beatriz Preciado complementa la matriz biopolítica foucaultea, así como la teoría de la performatividad butleriana, para pensar la producción de subjetividades sexo-generizadas. Preciado (2002 y 2008) considera en particular las tecnologías prostéticas que producen la “naturaleza” corporal. El género ya no es solo la citación performativa de las normas lingüístico-conductuales sexo-generizadas, sino que es en mayor medida un proceso de incorporación prostética. Preciado sugiere que, si se presta atención a las prácticas contemporáneas de la tecno-ciencia, se observa que estas ignoran las diferencias entre lo orgánico y lo mecánico al intervenir en la modificación y la fijación de determinadas estructuras del viviente. Foucault lo ha denominado “biopolítica”, Preciado señala una nueva “biotecnología” en el marco de las dinámicas del tecnocapitalismo avanzado (Preciado, 2008: 29). Esta “era farmacopornográfica” (Preciado, 2008) es un nuevo régimen posindustrial, global y mediático que toma como referencia los procesos de gobierno biomolecular (fármaco-) y semiótico técnico (-porno) de la subjetividad sexual.

Por último, Preciado retoma los aportes de Teresa de Lauretis, en especial la noción de “tecnologías de género”. En este punto, señala su preferencia por el término “género” sobre el término “mujeres”, y el término “tecnología” en vez de “opresión”. Según De Lauretis, las tecnologías de género son el producto de una suma de tecnologías sociales, “... de discursos institucionalizados, de epistemologías y de prácticas críticas, tanto como de la vida cotidiana” (De Lauretis, 1989: 8).

3. La gestión del pelo como tecnología de género

Beatriz Preciado se afeita el pelo de la cabeza y juega con poder direccionarlo hacia otra parte del cuerpo, como el bigote. “... Una línea de cocaína negra. Me hago una raya de pelo. Es casi el mismo *high*. [...] Dibujo con el pincel húmedo un trazo sobre mi labio superior [...]. Bigote de marica” (Preciado, 2008: 21). Primero esta escena; recién después, la inyección de testosterona que abre el protocolo de intoxicación voluntaria que construye en *Testo yonqui*. En el orden de esta secuencia puede vislumbrarse el espacio político preponderante que ocupa el pelo en la “arquitectura corporal” (Preciado, 2002: 23). Una historia de la producción de la cisfeminidad es también una historia de la gestión del pelo.

El pelo es una fibra que continúa el cuero cabelludo hacia la dermis, pero no siempre se simboliza igual. Su actual distribución política está culturalmente construida: por un lado, el pelo que rodea el cuerpo es el vello; por otro, el que rodea la cabeza es la cabellera. Las políticas que atañen a uno y otro también son diferentes según sus portadores sean legibles como cisvarones o cismujeres (2). En el caso de las cismujeres, el vello es un pelo no deseable, un residuo animal, un resto de fuerza por exterminar. En coincidencia con la “era farmacopornográfica” (Preciado, 2008), desde la Segunda Guerra Mundial se ha

dado un auge en métodos de exterminación del vello de la cismujer. Esta industria específica incluye la emergencia y la diversificación de hojas de afeitar, maquinillas para depilar y centros de depilación con cera, entre otros –incluso en su última fase, la “depilación definitiva” se construye como el *summum* de la fantasía técnica y el crecimiento direccionado.

Mientras que el vello es abominable, la cabellera es casi un objeto de culto: un espacio donde se cifran batallas en torno a la cisfeminidad. El tradicional cuento de hadas recopilado por los Hermanos Grimm, *Rapunzel*, narra este andamiaje histórico: una princesa condenada por una maldición a vivir aislada en una torre salva su vida debido a la extensión magnánima de sus cabellos. Desde distintas discursividades, la cabellera de las cismujeres aparece enlazada a valores occidentales como la vitalidad, la fertilidad y la sensualidad. Históricamente construida, y por lo tanto contingente y modificable, en la cabellera de las cismujeres también operan políticas de la extensión y del color. Aunque a primera vista se podría considerar que la “norma” (Foucault, 1974/1975) es el pelo largo, no siempre es así. La cabellera abundante es un símbolo deseable para las cismujeres jóvenes, pero después de la menopausia parece estar censurada: ¿por qué es tan infrecuente ver cisabuelas con el pelo bien largo?

3.1. Una *Barbie* pelada para una cisniña enferma

La gestión protésica del pelo es evaluada como una práctica de “autoestima” por manuales de psiquiatría como el DSM a la hora de cuantificar el nivel de reinserción social de una cismujer que ha padecido enfermedad, estrés postraumático o ha estado privada de su libertad. Muchos de los cuidados paliativos lo incorporan también como un derecho. Hasta en la instancia límite de los cadáveres femeninos actúan las “técnicas de normalización” (Foucault, 1974/1975), porque incluso para ir a la tumba hay que estar bien peinada.

“Nosotros queremos ver hermosas y calvas *Barbies* para ayudar a las pequeñas que sufren de la pérdida de su cabello tras someterse al tratamiento contra el cáncer”. La cita textual forma parte de la campaña que ha instado a Mattel, empresa fabricante de juguetes, a sacar una línea de *Barbies* peladas en aparente apoyo a las niñas que padecen cáncer. La iniciativa comenzó en los Estados Unidos a través de un grupo de madres de niñas con cáncer y de su página en Facebook. Con la viralización de las redes 2.0, la propuesta “Parents campaign for bald *Barbie*” traspasó fronteras y sumó adeptos en Europa, Asia y Latinoamérica.

Así, luego de que la iniciativa en Facebook lograra el apoyo de casi 160.000 personas y el tema se instalara en la agenda mediática y pública, Mattel ha decidido fabricar la *Barbie* calva. La producción de la muñeca pelada, que los dueños de la empresa describen como “una amiga de *Barbie*”, se acompaña con una colección de pelucas, sombreros, pañuelos y accesorios. El modelo no está a la venta en las cadenas de jugueterías, sino que ha sido distribuido directamente en los hospitales y organizaciones civiles.

Estas campañas propiciaron el surgimiento de una propuesta prácticamente similar, pero que en este caso instaba a Disney a fabricar una línea de princesas peladas: “Disney debería hacer una princesa sin pelo para que cada niña en el mundo que está luchando contra el cáncer sepa que ella también es hermosa”. Disney se hizo eco del pedido y ha anunciado que va a fabricar, al igual que Mattel, una línea de princesas peladas. Ellas también serán “amigas” de las princesas con largas y profusas cabelleras.

Ahora bien, ¿qué implica este deseo –casi mundial– clamando porque las cisniñas peladas se sientan igual de bellas que las *Barbies* de juguete? ¿Por qué la calvicie femenina solo es legible como el efecto no deseado del tratamiento contra una enfermedad? El llamado global a la fabricación de muñecas peladas forma parte de las “técnicas de normalización” en tanto busca producir “la inclusión del apestado”, i. e., de las cisenfermas, en la “norma”. Se trata de decirles que pueden (deben) ser tan cismujerinas como cualquiera, que su carencia de pelo es tan solo un accidente.

En definitiva, se puede ser pelada solo si se es princesa. Porque una cisniña que no es princesa es una suerte de “monstruo”, de “anormal” (Foucault, 1974/1975) que las “técnicas de normalización” califican, intervienen y transforman. Allí donde parece que la muñeca pelada “ayuda” a la cisenferma, solo se pone en escena –de modo casi grotesco– la cisniñez y la cisenfermedad como una subjetividad propicia para el despliegue de la reificación de la “norma”.

4. El régimen de visibilidad de las “tetas” como tecnología de género

El 7 de marzo de 2015, como una forma de recordar el asesinato de la Pepa Gaitán y celebrar el Día de la Visibilidad Lésbica, se realizó el segundo “Tetazo virtual” en Facebook. Tal como anunciaba Marta Dillon, una de sus organizadoras, “en esta red social y en todas, hay tetas y las mostramos”. La iniciativa sumó más de cuatrocientas publicaciones. Lamentablemente, el evento, junto a los materiales, fue removido sin aviso ni explicación por Facebook. ¿Por qué esta red social le dice “no” a las “tetas”?

Las mamas son pequeños bultos de tejido graso ubicadas hacia la mitad del pecho, tanto en cismujeres como en cisvarones. Sin embargo, al igual que con los “pelos”, las políticas que las atañen son diferentes según sus portadores sean legibles como cismujeres o cisvarones. La distribución política “normalizadora” de los cuerpos ha producido, históricamente, que los cisvarones puedan mostrar sus mamas en situaciones culturalmente codificadas como la playa, el río o la práctica deportiva. Y en Facebook. Las cismujeres, por el contrario, no tienen esta habilitación. Al respecto, no hay ninguna explicación “anatómica” o “funcional” que, al menos en apariencia, pudiese “justificar” esta “tecnología positiva del poder” (Foucault, 1974/1975).

Para las cismujeres, las mamas son órganos en los que se entrelazan complejos protocolos sobre cismujeridad. Cultural y políticamente construidas, y desde luego contingentes y modificables, las mamas se producen como montículos hipersexualizados e hipermaternalizados, plausibles de un régimen de visibilidad

específico. La politicidad normativizada de este régimen hace que en este artículo se prefiera adoptar el término “tetas”. Así, se pone de manifiesto, desde la misma pauta lingüística, que cisvarones y cismujeres tienen mamas; no obstante “tetas” portan solo las cismujeres, quienes deben exhibirlas reguladamente. En coincidencia con la “era farmacopornográfica” (Preciado, 2008), desde la Segunda Guerra Mundial, se ha incrementado el desarrollo de tecnologías que incluyen la masificación de los corpiños con aro y *push up*, la emergencia de los “rellenos” y el auge de la silicona. De este modo, capitalismo y régimen de visibilidad de las “tetas” se retroalimentan en una modalidad esquizofrénica: exhibir pero siempre “tapar”, ajustar pero no “mostrar”, seducir pero no “provocar”.

4.1. La negación de Audre Lorde a las prótesis mamarias después de una mastectomía

El régimen de visibilidad de las “tetas” se complejiza aún más ante el cáncer de mama, una enfermedad que pone en escena los enrevesados vínculos entre cispfeminidad, “calidad de vida” y “salud” (3). En décadas anteriores, la reconstrucción mamaria solo era realizada en forma diferida a la mastectomía y, en general, se indicaba para cispacientes tras varios años de no presentar reincidencia de la enfermedad. En la actualidad, cada vez crecen más los movimientos “Breast Reconstruction Awareness”, que abogan por la reconstrucción inmediata, en la misma cirugía que se realiza la mastectomía. En definitiva, esta técnica ha pasado de estar contraindicada, a ser criticada, después aceptada y finalmente solicitada como parte integral del tratamiento.

Audre Geraldine Lorde (1934-1992) fue una escritora y militante lesbiofeminista estadounidense. Emblema del movimiento feminista afroamericano, su voz y su lucha han cristalizado como símbolos del feminismo poscolonial. Graduada en Bibliotecología, sus escritos se mueven con lucidez y ductilidad entre el ensayo, la poesía y la prosa. Entre su prolífica obra se destacan *The first cities* (1968), *Sister outsider* (1984) y *The cancer journals* (1980) –que obtuvo la prestigiosa distinción del American Library Association Gay Caucus Book of the Year–. Esta última obra de Lorde, en la que reflexiona a partir de su propia experiencia como cisenferma de cáncer de mama, permite –a modo de caso testigo– mostrar ciertas tensiones para pensar la reconstrucción mamaria y el régimen de visibilidad de las “tetas”. En sus *Diarios del cáncer*, Lorde expone el sufrimiento que le provoca la pérdida de su pecho tras la mastectomía. Asume su derecho al duelo, pero problematiza la primacía de la “teta”: “La ausencia de mi pecho es una tristeza recurrente, pero ciertamente no es algo que domine mi vida” (Lorde, 1980: 8). En este contrapunto, flexibiliza la propia construcción de su cisenfermedad: “No soy solo una víctima: también soy una guerrera” (Lorde, 1980: 14).

Al recordar su experiencia en el hospital postmastectomía, Lorde recuerda la visita de una cismujer de Reach for Recovery, con un mensaje optimista y el “regalo” de un apósito rosa pálido con forma de seno. En sus *Diarios del cáncer*, deconstruye el mensaje de esta visita: “Valés lo mismo que antes, porque podés

verte exactamente igual que antes [...]. Lana de cordero ahora, después una buena prótesis apenas sea posible y nadie nunca va a notar la diferencia” (Lorde, 1980: 33). En este sentido, Lorde señala que el programa Reach for Recovery de la American Cancer Society, aunque se proponga una iniciativa valiosa al contactar a las cismujeres inmediatamente después de la cirugía para hacerles saber que no están solas, “fomenta esta nostalgia falsa y peligrosa al creer equivocadamente que las mujeres [son] demasiado débiles para encarar directa y valerosamente las realidades de [sus] vidas” (Lorde, 1980: 47).

¿Por qué las cismujeres deberían lucir “bien” si se sienten “mal”? ¿Cuáles son los efectos de asumir que todas las cisenfermas ya eran antes cisusuarias de maquillajes y productos cosméticos? ¿Por qué la ciscomunidad solo se piensa unida desde la autoestima asociada a la imagen corporal? Nótese cómo un pasaje de los *Diarios del cáncer*, de Lord, puede operar como respuesta:

Este vínculo regresivo con el pasado es enfatizado por la concentración en el cáncer de mama como problema cosmético, un problema que puede ser resuelto mediante una simulación prostética (Lorde, 1980: 47).

Preciado ha señalado que

... si la reconstrucción del cuerpo masculino inválido se efectuaba con la ayuda de una prótesis mecánica, es porque el cuerpo masculino del obrero ya había sido pensado bajo la metáfora del “robot” (Preciado, 2002: 151).

Cabe preguntarse entonces: ¿con qué metáforas son pensados los cuerpos de las cismujeres? ¿Por qué una cismujer sin “tetras” solo es legible como “monstruo” y “anormal”?

Lorde rememora otra escena: el día después que le sacaran los puntos se puso furiosa con una enfermera, quien le había dicho que ella le hacía mal a la “moral” del consultorio porque no usaba prótesis. Para Lorde, la prótesis ofrece el consuelo de que “nadie va a notar la diferencia”. Pero es justamente eso lo que ella quiere visibilizar, la mostración de las constantes diferencias: “Es precisamente esa diferencia lo que yo quiero afirmar, porque la he vivido, y sobrevivido, y quiero compartir esa fortaleza con otras mujeres” (Lorde, 1980: 52).

Ahora bien, Lorde señala que no hay nada “malo” *per se* en el uso de la prótesis, si pueden ser elegidas libremente, por cualquier motivo, después de que la cismujer ha tenido la posibilidad de aceptar su nuevo ciscuerpo. No obstante, quiere problematizar el espacio de la “teta” en la “arquitectura corporal” (Preciado, 2002: 23) de la cismujer:

En caso de otras amputaciones la función es el principal justificativo de su existencia. [...] Solo los pechos postizos están diseñados solamente para aparentar, como si la única función real de los pechos femeninos fuera parecer de cierta forma y medida y simetría a quienes observan (Lorde, 1980: 55).

De ningún modo se quiere proponer aquí que la conquista de derechos sea perjudicial o que se censure la posibilidad de elegir. Más bien, se quiere problematizar cierto construido consenso sobre la reconstrucción mamaria como una técnica compulsiva –aplicable a las cismujeres en su conjunto–, inmediata –evadiendo así el derecho al duelo y al sufrimiento que implica la pérdida– y sostenida en un régimen de visibilidad de las “tetas”. Es en estas coordenadas que se propone la propaganda mundial por la reconstrucción mamaria como parte de las “técnicas de normalización”, en tanto busca producir “la inclusión del apestado”, i. e., de las cisenfermas mastectomizadas, en la “norma”. En contraste, en los *Diarios del cáncer*, de Lorde, ella construye su posibilidad de decir “no” a la prótesis mamaria después de una mastectomía como reagenciamiento resistente, pensado como una noción móvil construida en permanente negociación y tensión con los contextos de producción en los que se inscribe. Desde esta línea, el reagenciamiento deviene resistente en la medida en que los dispositivos de subjetividad puedan abrir posibilidades inéditas ante determinadas tecnologías de género (4).

5. Palabras finales

En este artículo, se ha analizado la relación entre el cáncer, la cisfeminidad y las “tecnologías de género” a partir de unas coordenadas teóricas (Foucault, 1974/1975, 1976; Butler, 1990, 2000; Preciado, 2002, 2008; De Lauretis, 1989) y mediante dos casos testigo en torno a dos ejes: los “pelos” y las “tetas”. Así, se ha intentado comprobar la hipótesis según la cual la gestión del “pelo” y el régimen de visibilidad de las “tetas” funcionan como “tecnologías de género”, frente a las cuales las cisenfermas de cáncer se conforman como subjetividades propicias para el despliegue de las “técnicas de normalización”. En el primer caso, la fabricación de una *Barbie* pelada para las cisniñas enfermas se muestra como despliegue de la reificación de la “norma”. En el segundo caso, la posibilidad de decir “no” a las prótesis mamarias después de una mastectomía en los *Diarios del cáncer*, de Audre Lorde, puede leerse como reagenciamiento resistente, en tanto en esta práctica la negación opera como una “línea de fuga” que permite intervenir de modo resistente ante los dispositivos de subjetividad normalizadores.

Desde luego, los dos casos propuestos difieren en las coordenadas geotemporales que los contextualizan y no resultan en ningún sentido exhaustivos para el eje que los engloba. Se han planteado, simplemente, con el fin de esbozar distintas respuestas a interrogantes similares, pensados en sintonía con la siguiente

afirmación de Preciado: “No somos capaces de visualizar un cuerpo fuera de un sistema de representación sexual heterocentrado” (Preciado, 2002: 126). Por último, si bien la hipótesis intenta demostrarse desde estas coordenadas puntuales, resulta imposible “fetichizar” ninguna de estas prácticas, dado que tanto la normalización como la resistencia se presentan como estrategias siempre mutables y provisorias.

Notas

(1) Tal como recupera Preciado: “La distinción entre cishombre / cismujer y transhombre / transmujer aparece a finales del siglo xx [...] para denominar respectivamente a aquellas personas que se identifican con el sexo que les ha sido asignado en el nacimiento (cis) y aquellos que contestan esa asignación y desean modificarla con la ayuda de procedimientos técnicos, prostéticos, performativos o legales (trans)” (Preciado, 2008: 94). En este artículo se enfatiza el uso del prefijo “cis-” (i. e., cisniñas, cisabuelas, cisenfermas, cisuvarias, ciscuerpos) para visibilizar que las intervenciones descriptas en relación con la corporalidad y la enfermedad se circunscriben a la ciscomunidad, es decir, a la comunidad de subjetividades identificadas con el sexo que les ha sido asignado en el nacimiento. De ningún modo, estos análisis pueden extrapolarse, sin mediaciones, a la transcomunidad. Se presume, de modo conjetural, que las prácticas sobre “pelos” y “tetas” en la transfeminidad revisten una reapropiación y complejidad que excede las coordenadas propuestas.

(2) Desde luego, la política del pelo también afecta la cismasculinidad. Aunque menos restrictiva, la producción del pelo como “tecnologías positivas de poder” incluye a los cisvarones. Nótese, por ejemplo, el modo en que el largo de la barba y el cabello podía ser un gesto normalizador o resistente en los cisvarones en el contexto argentino de los años setenta. Un análisis exhaustivo de este punto excede las coordenadas propuestas.

(3) El cáncer de mama –según datos del Instituto Nacional del Cáncer, dependiente del Ministerio de Salud de la Nación– es la primera causa de muerte por tumores en cismujeres: 5400 muertes por año; solo el 1 % de los cánceres de mama se presenta en cisvarones.

(4) La noción de reagenciamiento resistente parte del concepto de “agencia”, entendido en los términos de Deleuze y Guattari (1980) como la posibilidad para las subjetividades de abrir “líneas de fuga”. Según estos autores, los dispositivos y las subjetividades pueden tener “líneas de territorialización” –es decir, líneas de clausura–, o “líneas de fuga” –que implican la posibilidad de agencia y devenir–.

Bibliografía

- Butler, J. (2000), “Imitación e insubordinación del género”, *Revista de Occidente* N.º 235, pp. 87-113.
- Butler, J. (2007 [1990]), *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona, Paidós.
- De Lauretis, T. (1996 [1989]), “La tecnología del género”, *Mora* N.º 2, pp. 6-34.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1980), *Mil mesetas*, Valencia, Pretextos.
- Foucault, M. (2011 [1976]), *Historia de la sexualidad 1: la voluntad del saber*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.
- Foucault, M. (2011 [1974/1975]), *Los anormales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Lorde, A. (2008 [1980]), *Los Diarios del cáncer*, Rosario, Hipólita Ediciones.

Preciado, B. (2014 [2008]), *Testo yonqui: sexo, drogas y biopolítica*, Buenos Aires, Paidós.

Preciado, B. (2011 [2002]), *Manifiesto contrasexual*, Barcelona, Anagrama.

Artículo recibido el 18/04/15 - Evaluado entre el 24/04/15 y 29/05/15 - Publicado el 25/06/15